

Narrativas de la ciudad surcoreana: Paisajes urbanos y subjetividades *descentradas* en Paliza colectiva de Yun Heung-gil y *La casa del chico* de Park Wan-suh.

DOI: <https://doi.org/10.17230/map.v13.i23.05>

Diego Conejeros Arias

Universidad Central de Chile.

conejrossarias@gmail.com

Resumen

Este trabajo recoge la perspectiva teórica que defiende que la ciudad opera como un dispositivo de subjetivación. Sumado a esto, se entiende la literatura como un espacio que permite a los autores, entre otras cosas, articular discursos críticos sobre las diversas esferas de la actividad humana. Con dichas perspectivas de fondo, se realiza un análisis literario a las obras narrativas *Paliza colectiva* de Yun Heung-gil y *La casa del chico* de Park Wan-suh. Cuentos que permiten observar la relación entre ciudad y subjetividad en el contexto surcoreano, país donde las ciudades se izan en el discurso oficial como banderas de desarrollo social y progreso tecnológico. Dicho lo anterior, este artículo pretende ser un acercamiento a la forma en que las masas críticas de autores surcoreanos han problematizado la experiencia de habitar la ciudad contemporánea. De este modo, se reconoce en los cuentos de Yun y Park miradas que realzan los aspectos más degradados de los espacios urbanos, presentando personajes cuyas subjetividades se hallan en tensión con sus entornos más inmediatos.

Palabras clave

Literatura coreana, Narrativa, Ciudad y subjetividad, Paisaje urbano, Sociocrítica

Abstract

This paper takes up the theoretical perspective that defines how the city operates as a subjectivation device. In addition to this, literature is understood as a space that let authors, among other things, to articulate critical discourses on the various aspects of human activity. Considering these perspectives as background, a literary analysis – of the narrative works *Paliza Colectiva* by Yun Heung-gil and *La Casa del Chico* by Park Wan-suh – is carried out. These stories allow us to observe the relationship between city and subjectivity in the South Korean context, a country where cities are built, in the official discourses, as flags of social development and technological progress. This article aims to be an approach to the way in which the critical masses of South Korean authors have problematized the experience of inhabiting the contemporary city. In this way, we recognize in Yun and Park's stories views that highlight the most degraded aspects of urban spaces, presenting characters whose subjectivities are in tension with their immediate surroundings.

Keywords

Korean Literature, Narrative, City and Subjectivity, Urban Landscape, Sociocriticism

Introducción

Ciudad y subjetivación

No son pocas las perspectivas teóricas que han hecho una cuidada observación de la relación existente entre subjetividad y ciudad. A este respecto, el abordaje que este trabajo recoge es el que defiende que la ciudad opera como un dispositivo de subjetivación en los términos en que Giorgio Agamben (2014) define el concepto en su diálogo con la propuesta de Foucault. A saber, un dispositivo será “cualquier cosa que de algún modo tenga la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivientes” (Agamben, p.18), de tal modo que no solo los espacios carcelarios, las instituciones psiquiátricas, las escuelas o las fábricas —lugares que despertaron un enorme interés en Foucault— son dispositivos, sino también el teléfono celular, la literatura o el propio lenguaje adquieren este calificativo.

Agamben puntualiza que un dispositivo se manifiesta realmente como tal al ejercer procesos de subjetivación, dicho de otro modo, el *sujeto* es lo resultante de la relación entre los vivientes (lo humano) y los dispositivos. Así, vale decir que no puede existir el sujeto sin los dispositivos, en plural, pues es a partir del contacto entre estos últimos y un individuo desde donde este construye su identidad. En definitiva, un dispositivo actúa en una multiplicidad de seres, pero al mismo tiempo, un mismo individuo “puede ser lugar de múltiples procesos de subjetivación” (Agamben, 2014, p.19), lo que implica que a la enorme cantidad de dispositivos actuando le corresponde una consecuente abundancia de procesos de subjetivación. Ahora bien, un dispositivo no es tal en sí mismo, sino en tanto está inserto en una red de saber/poder que interviene como técnica para retener a los sujetos a una forma de dominación o, lo que es lo mismo, cada vez que un individuo es modelado por un dispositivo, por ese mismo hecho resulta sometido a alguna forma de poder, pues han quedado inscritos en él un conjunto de reglas, esquemas éticos o de pensamiento, saberes o impresiones, etcétera, que modelan su proceder.

Pero ¿por qué es posible decir que la ciudad es un dispositivo?, pues bien, tal como sostiene Henri Lefebvre (2006), las prácticas cotidianas del mundo moderno se encuentran atravesadas por representaciones que lo ordenan todo: el consumo constante de mensajes publicitarios, las necesidades a satisfacer, la ida y vuelta al trabajo o alguna compra casual, “cada cosa se acompaña de representaciones que le asignan su papel, ya se trate del refrigerador, del automóvil, del vestido, etcétera” (p.203). Así, no es posible decir que nuestros trayectos diarios están libres de imposiciones o prácticas que buscan producir determinados efectos en los individuos. Siguiendo estas ideas, en esa cotidianidad el ciudadano se ve orillado a buscar encajar con determinadas

formas de habitar el espacio urbano —componente fundamental de la experiencia cotidiana— que, como ya se ha advertido, están programadas por lo que Lefebvre denomina la convergencia de las representaciones.

La ciudad, entonces, supone un espacio donde ocurren diversos procesos de subjetivación, lo que le permite reclamar el título de dispositivo. A esto, es posible agregar otros conceptos que despejen la discusión. Este trabajo considera clave relevar los paisajes urbanos como parte de los mecanismos a través de los que la ciudad, en su disposición planificada, interviene en los individuos. Para Javier Maderuelo (2010) una aproximación acabada a los paisajes ha de incorporar los factores culturales que intervienen en la interpretación de estos. En palabras del autor, el paisaje “no es un ente de carácter objetual, sino que se trata de un constructo mental que cada observador elabora a partir de las sensaciones y percepciones que aprehende durante la contemplación de un lugar, sea este rural o urbano” (p.575).

Un observador que aprehende sensaciones y percepciones, con estas palabras Maderuelo anuncia un efecto en el individuo producido por determinado espacio que puede ser de carácter urbano. Es más, el autor sostiene que, primero, el “paisaje, entendido como fenómeno cultural, es una convención que, como tal, varía de una cultura a otra y, también, de una época a otra” (p.575). De este modo, el paisaje está estrechamente ligado a la noción de subjetividad, pues desde ahí es construido. Segundo, que podría ser difícil madurar la idea de paisaje en la contemplación del medio urbano, es decir, al enfrentarse el espectador con su mirada a esos escenarios artificiales surgidos de intereses políticos o económicos, cuando no de la mera voracidad especulativa sobre el valor del suelo o la edificación. (p.576)

Nuevamente, el intercambio entre la territorialidad y el individuo observante es clave a la hora de distinguir un espacio como paisaje, pero esta vez el autor deja entrever el ejercicio del poder en ese intercambio: la disposición del medio urbano está intervenida por los intereses de quienes ostentan y han ostentado el poder. Sobre esto, Maderuelo aclara que la ciudad es capaz de estimular impresiones estéticas y sentimientos afectivos, lo que reafirma una vez más que la materialidad de la ciudad, al observarse con intención estética, devuelve al individuo un efecto que lo modifica como sujeto. La ciudad, a través de su amplísima diversidad de lugares, interviene en la cotidianidad de los individuos y modela su percepción, desatándose un proceso *subjetivante*.

El texto artístico en el marco de la sociocrítica

La sociocrítica se encarga de estudiar el proceso de transcripción de las estructuras sociales en los objetos culturales, particularmente las transformaciones semánticas

que ocurren en ese proceso. Si bien es posible encontrar análisis sociocríticos en diversos medios u objetos culturales, la literatura ha tenido un lugar preponderante en este enfoque. Así, tal como indica Edmond Cros (2006), uno de los principales autores asociados a este conjunto de teorías, la sociocrítica procura volver patente las relaciones existentes entre las estructuras de la obra literaria y las de la sociedad en la que esta se halla arraigada.

En cuanto al texto literario, la sociocrítica se sirve del formalismo ruso para dar autonomía a esta forma de producción artística. La obra artística literaria no se diferencia de otras por sus contenidos, que en realidad comparte con otros productos artísticos, sino por su forma, por cómo se organizan esos contenidos. Al tiempo, la sociocrítica comprende el texto como un conjunto de elementos que colaboran entre sí, pues dichos elementos solo pueden definirse por su relación con otros elementos de su mismo sistema determinado. De este modo, la sociocrítica también incorpora en sus planteamientos los aportes del estructuralismo francés.

Tal como expone Jorge Chen Sham (1992), al cuestionamiento sobre el campo de visibilidad social del texto literario, es decir, ante la pregunta sobre ¿cómo medir el grado de legibilidad que ofrece el texto de la sociedad?

la sociocrítica pretende e intenta convocar tanto el formalismo como las sociologías de la literatura. Así enfatiza que es en la forma, en la misma textualidad, donde se encuentra la significación social, ya que en el proceso de semiosis, los signos adquieren, por sus relaciones, volumen y densidad, que únicamente pueden ser analizados y repertoriados como "la reacción química" a estímulos sociales. (p.10)

Forma y estructura serán entonces dos características claves para la comprensión que la sociocrítica fórmula para el texto literario. Ahora bien, en la base de estos planteamientos, Edmond Cros (2006) argumenta que a pesar de que la visibilidad social de un escritor es limitada, la visibilidad de la obra literaria es considerablemente más amplia. El mismo crítico, apoyándose en los aportes de Lucien Goldmann (1966), sostiene que esa diferencia de visibilidad social resulta de la operación de lo no-consciente, un campo interiorizado más allá de la visibilidad social responsable de las microsemióticas intratextuales que reproducen los valores sociales de los diferentes sujetos colectivos a los que pertenece el escritor del texto artístico (Cros, 2006).

Es el sujeto colectivo el que produce lo no-consciente. Siguiendo a Goldmann, el sujeto colectivo es cada uno de los grupos a los que el sujeto material pertenece: la generación, la familia, una profesión, un origen geográfico, etcétera. Estos diversos grupos colectivos ofrecen sus valores sociales a través de discursos específicos, en palabras de Edmond Cros, cada "sujeto transindividual [colectivo] inscribe en su discurso los signos de su inserción espacial, social e histórica y, en consecuencia, genera una microsemiótica específica" (2006, p.33). Es el conjunto de material discursivo el que el sujeto

material usa a lo largo de su vida y en específico al momento de producir un texto literario.

En definitiva, una obra literaria no solo toma sus signos del lenguaje propiamente tal, sino que también de entre la totalidad de las expresiones semióticas adquiridas o propuestas por los sujetos colectivos (Cros, 2006). Eso es lo que produce un excedente de significado y que, por lo tanto, la obra comporte más legibilidad social que el autor. Para Edmond Cros, dicho excedente se halla en la micriosemiótica intratextual que se compone por el material semiótico no-consciente del sujeto colectivo que se implica en el proceso de escritura. Al escribir, siempre se dice más de lo que se comprende y más de lo que aparentemente se afirma.

Narrar la ciudad: Espacios y sujetos

Tal como se ha señalado, la literatura supone un espacio que permite a los autores, entre otras cosas, articular discursos críticos sobre las diversas esferas de la actividad humana. En lo particular, para muchos escritores, la urbe ha sido objeto de interés y, desde variadas perspectivas, han relacionado la vida en la ciudad con experiencias estéticas que la ponen en tensión o la elogian. En el contexto coreano, vale estudiar la relación entre literatura y ciudad debido a que esta última resultó clave en el proceso de modernización acelerado al que se vio sometida Corea. Hoy día, las grandes ciudades de la península se izan como banderas de desarrollo social y tecnológico, por lo que resulta pertinente observar los efectos en la población de grandes urbes, como podrían ser Seúl o Busan, en momentos clave de su progreso para llegar a transformarse en lo que son hoy en día. La trayectoria de las ciudades coreanas ha quedado inscrita en diversos textos literarios que levantan discursos críticos.

No se ha de olvidar, incluso, las reconocidas Songdo o Daedeok, *smart cities* que han buscado posicionarse como la máxima expresión de la eficiencia urbana (Fiori y Ribera-Fumaz, 2014).

A continuación, se realizará un análisis de dos cuentos coreanos que han tomado como objeto estético, entre otros elementos, la ciudad surcoreana. Dicho análisis busca desentrañar los elementos de la narración que establecen conexiones entre *paisajes urbanos y subjetividades* que resultan *descentradas* de la normatividad propia de la ciudad moderna. Dichos aspectos se pondrán en relieve a partir de dos elementos centrales: en primer lugar, la espacialidad concreta del entorno en que los personajes interactúan y, en segundo, las acciones de dichos personajes.

El primer cuento se titula *Paliza colectiva* (몰매), publicado en 1975 por Yun Heung-gil, expone las experiencias de individuos que frecuentan un edificio de dos plantas que funciona como hostel y cafetería llamado Sanjo y que el municipio ha amenazado con intervenir drásticamente, todo situado luego de finalizada la Guerra de Corea (1950-1953), en el proceso de recuperación económica. El segundo cuento se

titula *La casa del chico* (그 남자네 집) y fue publicado en 2002 por Park Wan-suh, trata sobre una anciana que al visitar a una amiga que recientemente se ha mudado, se descubre en la necesidad de escudriñar los recuerdos de su vida como una jovencita por primera vez enamorada y en medio de la Guerra de Corea. Estas son, entonces, las coordenadas temporales de los relatos escogidos, por un lado, los años de la guerra interna y, por otro, los años inmediatamente posteriores con los planes de recuperación nacional ya en marcha.

Si bien las fechas de publicación se distancian por 27 años, ambos autores sitúan a sus personajes en la Corea del Sur que sufre las muy diversas consecuencias del conflicto bélico. Yun con una visión mucho más determinada temporalmente, pues el tiempo del relato transcurre sin grandes saltos y Park, ampliando su observación, mueve al lector continuamente entre dos temporalidades del relato que, en marcado contraste, lo sitúan en el presente o el pasado según avanza la obra.

Escribir la ciudad: Paisajes urbanos descentrados

La narración en *Paliza colectiva* parte reuniendo aquellos elementos que, con posterioridad, se desarrollarán en las discusiones que el cuento entrafía. Pues la relación entre la materialidad de la ciudad y los sujetos queda expuesta por el narrador nada más iniciar el cuento: “pienso que es necesario dar más explicaciones en detalle del edificio en cuestión antes que de las personas que allí habitan” (Yun, 1975, p.16). Así y en adelante, la obra se centra en apuntar que el edificio que alberga la hostel y cafetería Sanjo “no estaba tan bien situada, que digamos, pues no se encontraba ni en pleno centro, ni tampoco se podía decir que en los suburbios” (p.116). Se agrega a esto su aspecto desmejorado por el tiempo: “también tuvo que luchar sin cesar contra las fuerzas de la naturaleza que habían empezado a devorarlo poco a poco desde su base” (p.116). Para pasar finalmente a especificar otras dos instalaciones que completan el sector colindante al edificio, un parque de bomberos y “una fábrica de maquinaria agrícola” (p.117).

Esta disposición a detallar la ubicación, las condiciones estructurales y el entorno inmediato al edificio que guarece a los personajes, supone en Yun Heung-gil la instalación de una posición de enunciación. El autor se cuadra con una territorialidad y paisaje específico, aquel asociado a lo ruinoso, lo desmantelado o lo estropeado y en ese lugar, que roza cierta marginalidad frente a las zonas urbanas céntricas, cuidadas y protegidas, desarrolla la acción de sus personajes.

Por su parte, Park Wan-suh, en su cuento con ciertos tintes autobiográficos, parte desde un evidente contraste. La protagonista, una anciana que narra su propia historia, cuenta cómo su amiga la invita a pasear por el vecindario al que recientemente se ha mudado y cómo nota lo distinto que es desde que ella misma, hace 50 años, lo dejó. Así, lo que ella recuerda es que “esa zona tenía casas con tejados al estilo Joseon, algo deterioradas y con cierta rimbombancia, como la de una dama con el pelo recogido en un moño” (Park, 2002,

p.59). Aunque más tarde, se dará cuenta de que el progreso ha acarreado cambios, se encuentra en un espacio urbano activo y bien ubicado, todo en un presente que resulta prometedor, hace nada ha comenzado el siglo XXI y con él una serie de transformaciones: “la zona a la que llegamos no era el antiguo Donam-dong grabado en mi mente. Allí se desplegaba ahora un típico barrio universitario, luminoso y sofisticado, lleno de energía y donde no faltaba de nada” (Park, 2002, p.50).

Esta aparente excelencia del espacio urbano no arraiga en la psique de la protagonista, de pronto un recuerdo en forma de pregunta la lleva a repasar su vida de joven en ese mismo sector residencial donde todo era tan distinto: “¿por dónde estaría la casa del aquel chico?” (Park, 2002, p.52). Un cuestionamiento sobre el hogar de la persona que en su juventud activó en ella ciertos intereses amorosos. De ahí en adelante, la narración va y viene en un tiempo del relato que, desde el presente de la protagonista, vuelve a los días de la guerra y a paisajes urbanos completamente distinto.

Yun y Park coinciden en que durante y en lo inmediatamente posterior a la Guerra de Corea, los espacios urbanos descuidados no fueron algo extraño. Resulta evidente, en todo caso, que las urgencias de los conflictos bélicos pondrán las energías del Estado en cuestiones fundamentales antes que en herosear una ciudad. Eso no es algo que estos cuentos desconozcan. Sin embargo, los autores aquí tratados prestaron atención a la relación que esa paisajística urbana establece con las subjetividades que las frecuentan. No son cuentos sobre ciudades destruidas como consecuencia de la guerra, son cuentos que anclan paisaje urbano y sujeto en un intercambio determinado por el dominio de la ciudad sobre el individuo.

Para ilustrar esta afirmación se puede volver a una cita anterior. La narradora de Park relaciona el deterioro y la pretendida rimbombancia de la ciudad de su juventud, con una dama de pelo recogido. Ese es el núcleo de la narración, como se ha dicho: el vínculo entre paisaje urbano y subjetividad. Yun se vale de lo mismo, pues la lectura de su cuento llevará al lector a encontrarse con las siguientes líneas que precisan el estado de la hostel y cafetería Sanjo. Se dice sobre los muros del edificio que

el tiempo había hecho estragos, tantos que el yeso y la capa de pintura se habían desprendido y estaban tan descoloridos como la “democracia” que hacía recordar la cara adormecida y desmaquillada de una mujer perezosa que se acababa de levantar tarde de la cama. (Yun, 1975, p.118)

Al mismo tiempo que se describe el aspecto acabado de la cafetería, se aproxima una crítica al estado de la democracia, esta crítica es escurridiza y según se estima en este trabajo su valor radica en que, al igual que en el cuento de Park, la superposición de imágenes que ofrece son una intersección entre una subjetividad —una mujer adormecida— y la materialidad de un paisaje urbano —el yeso y la pintura de un muro—, lo que permite afianzar la importancia de ese vínculo. Ambos autores no parecen estar interesados en desprender sujeto de objeto, al contrario, estos se enmarcan en un diálogo constante.

Ahora, sumado a lo anterior, la ciudad, en su condición de dispositivo, resulta una red de saber/poder que implica

discursos que tienen por objetivo, entre otros, validar o corregir, ya sea prácticas o comportamientos e incluso formas de uso de determinadas territorialidades. Desde luego la cafetería, por su aspecto y condición estructural, alerta al municipio y el narrador advierte la situación señalando que se habían recibido tres órdenes de reparación que, luego de no ser cumplidas, llevaron a las autoridades a decretar la “evacuación e imponiéndose a eso, llevaron el pleito a juicio” (p.117). Este acontecimiento es clave para avanzar en la propuesta argumental de este trabajo, pues es en esta pugna, en que un municipio y un juzgado —instituciones de concentración del poder— colaboran en función del mejoramiento o desalojo del local, donde queda de manifiesto el carácter descentrado del paisaje urbano que representa la cafetería.

El hostel y la cafetería Sanjo deviene paisaje urbano descentrado en la medida en que las autoridades, quienes ostentan el poder y manejan los discursos sobre la ciudad intentan, no una sino tres veces, aplicar órdenes de remodelación y en una cuarta oportunidad una que busca desalojar el edificio. Si aplicamos el razonamiento de Marta Llorente (2014) que aclara que los modelos de ciudad pretenden urbanidad y civilidad, entonces estos autores estarían elaborando su propuesta crítica poniendo en relieve espacios urbanos que quedan desajustados o, en palabras que pactan con el análisis propuesto en este trabajo, descentrados de esos modelos.

En el cuento de Park también es posible encontrar disarmonías entre el devenir de ciertos paisajes urbanos y las pretensiones gubernamentales. El ejemplo más claro es el momento en que la anciana narra cómo en su juventud durante la guerra

aunque Seúl parecía desierto, el mercado estaba lle-no de gente. En ese lugar rebosante de vitalidad, no se distinguían vendedores de compradores. Cualquiera persona exhibía mercancías en cualquier lugar para venderlas y la gente compraba lo que necesitaba. Como la mayoría de los dueños de tiendas se habían ido al sur para refugiarse, solamente había unas cuantas de ellas abiertas. Esta rudimentaria forma de compra y venta, de vida y muerte, se realizaba en cualquier lugar, tanto bajo el tejado de tiendas cerradas como en callejuelas del mercado. (Park, 2002, p.70)

Estos procedimientos de intercambio son un abandono de las prácticas organizadas y reguladas de comercio. La guerra y su consecuente pobreza propician formas de negociación fuera de los márgenes que benefician al Estado. El cuento de Park pone el foco en ese momento económico previo a los esfuerzos de Corea del Sur por rearmarse en la postguerra. Aunque escrito 27 años después, La casa del chico resulta un antecedente a Paliza Colectiva. La autora no deja pasar el momento en que ese sector de la población menos acomodado fue abandonado por el Estado y arrastrado a encontrar variadas formas de asegurar el bienestar. Sector de la población que luego sería recogido por las instituciones estatales a fin de levantar Corea en el periodo inmediatamente

posterior a la guerra. Ese mercadeo alternativo, será finalmente suprimido y el Estado retomará el control de los mercados. Ese espacio de comercio que nos narra la protagonista del cuento de Park, descentrado durante la guerra, será *centrado* según los intereses gubernamentales para la modernización.

Para encontrar el correlato histórico concreto a esta afirmación, no hace falta más que recordar cómo el investigador alemán Dirk Messner (1993) reconocía la vasta y variada cantidad de artículos publicados que coincidían en que el Estado coreano a finales de los ochenta y principio de los noventa ya había solidificado “una posición central en el proceso dinámico de la industrialización recuperativa” (p.40). Era ampliamente sabido que el capitalismo controlado administrativamente por el Estado se había abocado a posicionar la economía coreana en los circuitos comerciales internacionales.

En definitiva, tanto un mercado furtivo en contexto de guerra como una cafetería a mal traer en un país que busca levantarse de los estragos del conflicto bélico, constituyen narrativas de los paisajes urbanos que tuercen la uniformidad de la ciudad. Torcedura que, de una u otra manera, busca ser llevada al centro. En el caso del cuento de Park cuando, finalizada la guerra, el gobierno se reestablece en Seúl, en el de Yun, cuando la dueña del establecimiento recibe las ordenanzas municipales de reparación o desalojo, un claro ejercicio de gobernabilidad.

Escribir al individuo: Subjetividades descentradas

La consecuencia lógica en el cuento de Yun, es la completa resistencia que la dueña del lugar, la señora Son, y quienes frecuentan la cafetería oponen a la imposición de cambio. Son, la mujer de mediana edad que administra el lugar, describe la cafetería de la siguiente manera,

nuestro Sanjo corresponde a la sombra. Es la única sombra que hoy en día queda en nuestra ciudad. La gente que ha pasado todo el día trabajando y luchando bajo la fuerte luz solar viene, arrastrando su cansado cuerpo, en busca de un lugar de descanso. En este lugar no son necesarias ni la formalidad ni las apariencias. Aunque actúe un poco fuera del sentido común, nadie lo echa en falta. No hace falta que tenga su traje a medida. Es mucho mejor la ropa de trabajo para rodar en el césped del campo. (p.122)

Las palabras de la mujer corroboran que Sanjo es un espacio de amparo o cobijo para quienes, maltratados por el funcionamiento del sistema, buscan un lugar de reposo donde no sean requisitos la escrupulosidad o el aspecto. En últimas, es un sitio que busca contener a esa parte de las subjetividades que no encuentra cabida en los espacios urbanos propuestos por una ciudad que aspira uniformidad, desarrollo o excelencia. El narrador avala las palabras de la señora Son y complementa diciendo que Sanjo

era para ella, una digna obra social. Se sentía satisfecha con proporcionar un lugar de descanso bajo su sombra, como acoge la gallina a sus polluelos, a todas aquellas vidas desgraciadas que habían atravesado solo repetidos fracasos (p.122).

Las afirmaciones de la señora Son y el narrador vuelven a conducir la atención hacia la relación que se establece entre la ciudad y la subjetividad. Esto es, según la propuesta aquí articulada, que los paisajes urbanos descentrados tendrán su efecto en aquellas subjetividades que, del mismo modo, se hallan descentradas. El interés por reconducir hacia el centro o, lo que es igual, ajustar la cafetería hacia un modelo de ciudad uniforme que tiene el municipio, no es distinto del que otras formas de autoridad ejercen en aquellos individuos que frecuentan la hostel y cafetería Sanjo.

Entre ellos se encuentra un profesor de provincia llamado Kim Si-cheol, un hombre de mediana edad que todos los días va a su trabajo con una carta de renuncia en el bolsillo y que no se atreve a entregar. Él declara con honestidad a la señora Son, “es porque me falta valentía. Sabía usted muy bien desde el principio que no tengo agallas para renunciar a mi trabajo” (p.121). Kim, dentro de la cafetería, no guarda las apariencias, se deja llevar y olvida su compostura de profesor, pues como completa el narrador, en ese lugar “podía cometer cualquier grosería y más si era con la señora Son” (p.120).

Además del señor Kim, suele aparecer por las tardes el señor Chae, un hombre jubilado que otrora se desempeñó como director de sucursal para un periódico. Este hombre, de una vida privada relativamente misteriosa,

era un viudo que se había jubilado hacía algunos años, decían que por estar envuelto en un problema de dinero o de mujeres, y que ahora lo único que hacía era lamentarse de los periodistas jóvenes a quienes criticaba por su falta de espíritu de lucha. (p.125)

Tal como el señor Kim, Chae no es un hombre de éxito, ha perdido su trabajo en extrañas circunstancias que lo llevaron a jubilarse y ahora se ve imposibilitado de influir en el periodismo, el medio del que no puede alejar su interés.

La cafetería recibe con frecuencia a un tercer hombre, Choe

el estudiante universitario que se veía más viejo de lo que era. Incluyendo sus tres años de servicio militar, ya tenía nueve años de estar estudiando. Dividía el año en dos partes: una la dedicaba a ganar dinero y la otra, a estudiar y ahora, se había dado de baja de la universidad para ganar dinero para la matrícula. (p.125)

Él, con su actitud miserable frente a la vida por su constante fracaso en el intento de terminar sus estudios universitarios, es observado con desprecio por una de las empleadas del local, la señorita Hyeon. Estas miradas de desprecio aportan a la narrativa una dosis de ironía, pues ella misma abulta el grupo de subjetividades descentradas que se amparan en la cafetería.

De la señorita Hyeon tampoco podía decirse que fuera una mujer exitosa, “como sucede con todo el mundo, su sueño original no era ser empleada de un café. No podía todavía abandonar su esperanza irrevocable de llegar a ser cantante” (p.124). Ella se gana la vida en un trabajo que detesta y se

aferra a diario a un sueño de fama y lujos para el que no se deja entrever que esté realmente esforzándose por cumplir.

Kim, Chae, Choe y la señorita Hyeon, son una muestra de las subjetividades descentradas que este trabajo busca evidenciar en el cuento de Yun. Son sujetos orillados hacia los bordes del sistema que buscan rehuir, sus situaciones son precarias y no pueden ir a contracorriente. No son extraños, en la sociedad contemporánea abundan aquellos que no pueden renunciar a sus trabajos o que han sido depuestos de ellos, no son pocos los que deben esforzarse el doble o el triple para alcanzar metas de cualquier tipo y del mismo modo abundan hombres y mujeres que no pueden siquiera perseguir sus sueños.

Como diría Henry Lefebvre (2006), la modernidad expresada en las ciudades contemporáneas acarrea hacia la división y la incertidumbre. Las subjetividades del cuento de Yun Heung-gil responden a esta afirmación, ¿podré renunciar mañana? ¿mejorará el gremio de periodistas al que ya no puedo pertenecer? ¿podré juntar el dinero para la siguiente matrícula de la Universidad? ¿habrá alguna forma de cumplir mi sueño?, son preguntas que los personajes de *Paliza colectiva* pudieran hacerse sin problemas.

Naturalmente se produce una conexión entre los paisajes urbanos descentrados y las subjetividades descentradas. Los discursos oficiales apuntan a la homogeneidad en una ciudad que, como Yun observa y *narrativiza*, presenta espacios recónditos que escapan y se resisten a esa homogeneización. Los paisajes urbanos y las subjetividades descentradas se afectan mutuamente, se cobijan, se reúnen. Una cafetería amenazada por el municipio por alterar el orden de la ciudad no está menos tensionada que una subjetividad presionada por no contribuir o calzar en el sistema. Un paisaje urbano se constituye en la observación de un ser, pero a la vez, un paisaje urbano inserto en las redes del dispositivo ciudad, modela una variedad de subjetividades.

A diferencia del cuento de Yun, en la obra de Park Wan-suh no abundan los personajes. El relato se centra en la protagonista y su interés amoroso por un joven militar acomodado. En cualquier caso, Park no deja que se le escape esa tensión entre ciudad e individuo que Yun maneja tan bien en sus diferentes personajes. En *La casa del chico*, la anciana innombrada que nos narra la historia también queda puesta en tensión por una ciudad en la que no encaja.

En uno de los segmentos narrativos en que se cuenta la juventud de la muchacha hay marcadas instancias en que los espacios urbanos ejercen sobre ella una inquietante presión. Vale traer el momento en que describe su primer encuentro con el muchacho de quien se enamorará:

El chico vestía de civil y con la gorra del colegio y, de inmediato, pude suponer en qué colegio de bachillerato estudiaba. Se hallaba en la misma zona que mi colegio femenino. En aquellos días, había más de diez colegios de secundaria y bachillerato, masculinos y femeninos, concentrados en la zona que se extendía hacia el noroeste de

la puerta de Gwanghwamun, incluyendo la calle Sinmunno, las colonias de Anguk-dong, Gue-dong y Suso-dong, por lo que no consideré que fuera una coincidencia excepcional. Era un alivio para mí que el colegio al que asistía a clases ese chico, que según las chicas de mi colegio se consideraba de rango intermedio, no fuera de buena categoría y pudiera, de alguna manera, recuperarme de mi complejo de inferioridad. (Park, 2002, p.55)

En este segmento se presenta una descripción que amplifica la imagen de la ciudad. El lector se entera de la prolífica operación de centros educativos, instituciones que no dejan de formar parte de la red de saber/poder que la ciudad articula, y de cómo estos permiten definir parte de la identidad de los individuos que están vinculados a ellos. La protagonista reconoce en el joven su pertenencia a determinado colegio y desde ahí se figura una suerte de marco general de él. Consecuentemente, ella misma se incorpora en ese marco, se compara y a partir del aspecto y la institución que le sirven de primera impresión sobre el muchacho, se reconoce a sí misma como una interlocutora válida: la escuela donde el chico estudia no la anula, ha salvado su complejo de inferioridad coordinando un espacio de la ciudad con la autopercepción, todo bajo el riesgo de quedar descolocada de cierto centro de prestigio social. Nuevamente, espacio urbano e individuo establecen un vínculo subjetivante.

Ahora bien, en *La casa del chico* la subjetividad descentrada se evidencia con una clara diferencia si se compara con la obra de Yun. Si en *Paliza Colectiva* subjetividades y paisajes urbanos aparecían coordinados y en una especie de mutualismo dislocado, en el caso del cuento de Park, la narrativa opta por escindirlos y posicionarlos en veredas distintas. Léase a modo de ejemplo el siguiente fragmento de la protagonista que, hacia el final del cuento y en su presente —cerca de 50 años después de terminada la guerra—, visita un café.

Tiré de la puerta de una cafetería muy iluminada y me senté al lado de la ventana. Vista desde el interior, esa calle con hojas caídas parecía la escena de una película de animación. Sería por la actitud animada y despreocupada de los jóvenes que la transitaban. La distancia que me separaba de ellos no era la diferencia de edad, sino la de dos especies muy remotas entre sí, como entre orientales y occidentales (...). Empezaba a incomodarme el asiento. No era un lugar para mí (...). No pude hacer otra cosa que abandonar el lugar. (Park, 2002, p.76-77)

Una cafetería es también aquí el espacio de conflicto, pero se matiza de otra forma. La anciana entra a este lugar ubicado en una calle animada que le parece una escena de una película. Esta asociación es sugestiva para la propuesta que levanta este trabajo, pues una escena queda delimitada por un encuadre, nada muy distinto de lo que ocurre cuando observamos un paisaje, que en este caso es urbano. A continuación, la protagonista advierte una distancia entre ella y las demás personas que ocupan el lugar. Se identifica como

un sujeto lejano a los jóvenes con los que comparte espacio, esa lejanía, incluso, entraña un elemento identitario, no es solo la edad, es algo más, un *des-reconocimiento* de su propia pertenencia nacional.

Incluso el mobiliario la incómoda, como ella misma dice, no le queda otra cosa que abandonar el lugar. Ese espacio urbano, con su gente y disposición ya no la admite. Su subjetividad ha quedado desplazada. El desalojo es la consecuencia obvia cuando el espacio interviene de tal modo al sujeto, la anciana, en definitiva, no puede permanecer y se retira, su subjetividad ha quedado descentrada en lo relativo a las nuevas formas de uso de la ciudad.

Conclusión

Tal como se ha revisado, los cuentos *Paliza colectiva* y *La casa del chico* pueden ser leídos como narraciones críticas de las formas en que interactúan la ciudad y los individuos. A través de las propuestas que asocian la ciudad con lo que teóricamente se ha denominado dispositivo, es posible desentrañar en el texto los mecanismos con los que los autores aquí trabajados activan sus perspectivas críticas.

Paisajes urbanos y subjetividades interactúan con distintas funciones. En el caso de los primeros, habrá algunos que propicien el modelo de ciudad que los centros de poder desean administrar a los ciudadanos y lo mismo en el caso de los segundos, pues el correcto funcionamiento de los sujetos en sociedad puede perpetuar los sistemas. Estos cuentos no solo tratan sobre la percepción de ciertos individuos sobre sus entornos inmediatos, van más allá, registran en su contenido una visibilidad social que alerta sobre cómo el sujeto se ve afectado por un elemento central en la vida contemporánea como lo es la ciudad.

En *Paliza colectiva* los personajes se agrupan y constriñen en el interior de un espacio que el eje de poder de la ciudad intenta reestructurar. De igual forma, ellos mismos cargan sobre sí el peso de un *deber ser* que les exige más de lo puede o están dispuestos a dar. Espacio e individuo son removidos por el mismo ejercicio de poder: La atracción hacia un centro, hacia un supuesto correcto funcionamiento de las partes constitutivas de la espacialidad urbana.

En *La casa del chico* el paisaje urbano que ostenta elementos del progreso, remueve el interior de una anciana. La arrastra a cavilaciones sobre el pasado, inquietudes irreparables y hacia la automarginación. Pareciera expulsarse de una espacialidad que no la admite, en la que no encuentra asidero, pues el progreso no resulta igual para todos. El cuento realza un aspecto miserable de la relación establecida entre ciudad y subjetividad.

Sea como fuere, siempre habrá individuos y espacios ciudadanos que se descentren de lo que se les ha encomendado. La ciudad, siendo un espacio de desarrollo y tratamiento de capitales, incluido el humano como uno de los más

importantes para Corea del Sur, no ha quedado fuera de los procedimientos de capitalización y su manejo comporta usos que no pasan desapercibidos a la masa crítica de escritores coreanos que observan cuidadosamente una estación de metro, una cafetería, el muro de un edificio o el mercado.

Las narraciones aquí analizadas son solo una pequeña muestra de lo que muchos novelistas coreanos han intentado vertebrar como discurso crítico en torno a la ciudad. En esta misma línea no hay que perder de vista a poetas como Choi Seung-ho, Kim Ki-taek o Kim Kwang-kyu que han hecho de la ciudad su objeto lírico y, más importante, la han puesto en tensión, abriendo las discusiones en torno a cómo concebimos la experiencia concreta de habitarla.

Todavía podría complementarse este análisis para identificar todavía más certeramente cómo ese descentramiento puede comportar una fuerza de resistencia frente a los procesos de modernización acelerada a los que se han visto sometidas las ciudades contemporáneas y todavía más en el caso coreano.

Referencias

- Agamben, G. 2014. *¿Qué es un dispositivo?*. Argentina. Buenos Aires. Adriana Hidalgo Editora.
- Carvalho, L. 2015. *Smart cities from scratch?* A socio-technical perspective. Cambridge Journal of Regions Economy and Society.
- Cros, E. 1986. *Literatura, Ideología y Sociedad*. Editorial Gredos.
- Cros, E. 2006. *Hacia una teoría sociocrítica del texto*. (H. Escobar-Vera y Borrero, Trad). Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- Chen Sham, J. (2015). La sociocrítica y su inscripción en el campo de la teoría literaria, una introducción. *Revista de Filología y Lingüística De La Universidad De Costa Rica*, 18(2), 9–16. <https://doi.org/10.15517/rfl.v18i2.20092>
- Fiori, Mireia, y Ribera-Fumaz, Ramón (2016). Smart cities: realidades y utopías de un nuevo imaginario urbano. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 6(2), 9–12. http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/tomas_cegarra.
- Lefebvre, H. 2006. *La presencia y la ausencia*. Contribución a la teoría de las representaciones. México Df. Fondo de Cultura Económica.
- Llorente, M. 2014. *La ciudad de la palabra literaria. La ciudad representada: espacio habitado y literatura urbana. Topología del espacio urbano. Palabras imágenes y experiencias que definen la ciudad*. Coord. Marta Llorente. Madrid: Abada, 2014: 171-211.
- Maderuelo, J. 2010. *El paisaje urbano. Estudios Geográficos*. Vol. LXXI, 269, 2010:575-600.
- Messner, D. (1993). Corea del Sur y el Estado. De la omnipotencia desarrollista estatal a la crisis del modelo de conducción jerárquica. *Nueva Sociedad*, (126), 40-60., Recuperado de http://nuso.org/upload/articulos/2255_1.pdf. OCDE.(2018). [en línea] <http://stats.oecd.org>
- Negrín, E. (1993). Entrevista a Edmond Cros. *Revista Fuentes Humanísticas*, 3(6), 86-89. Recuperado a partir de <https://fuenteshumanisticas.azc.uam.mx/index.php/rfh/article/view/725>